

Análisis narratológico de “Bosquejo”, de Élmer Mendoza: una perspectiva crítica sobre el tránsito a la lucha armada del movimiento estudiantil sinaloense de la década de 1970

Narratological analysis of “Bosquejo”, by Élmer Mendoza: a critical perspective on the transition to armed struggle of the Sinaloan student movement of the 1970s

Erick Zapién García¹³

ORCID: <https://orcid.org/0009-0003-8636-8278>

DOI: <https://doi.org/10.66778/CS.v14n39.09>

Fecha de recepción:06/04/2026 Fecha de recepción:30/04/2026

Resumen

En la década de 1970, la Universidad Autónoma de Sinaloa enfrentó una profunda crisis debido al nombramiento de un rector que no pertenecía a la universidad. Lo anterior llevó a estudiantes y maestros a manifestarse en contra de tal designación. De los grupos estudiantiles se desprendió un segmento que se autodenominó *Enfermos*, el mismo que se convirtió en parte de la Liga Comunista 23 de septiembre, organización que agrupó a distintos movimientos estudiantiles a lo largo de México con el fin de levantarse en armas en contra del Estado. Bajo ese contexto, el autor sinaloense Élmer Mendoza publicó *Mucho que reconocer* (1978), libro que incluye el cuento “Bosquejo”, en el que se narra el reclutamiento de activistas para adiestrarles de forma militar. El objetivo de este artículo es demostrar, mediante un análisis narratológico, que la obra ofrece una postura crítica y titubeante sobre la organización del movimiento armado. La metodología emplea la propuesta teórica de Luz Aurora Pimentel (1998) sobre los niveles del relato y la teoría del cuento de Marta Elena Munguía (2002). El trabajo se estructura en una sección de fundamentación teórica y una revisión del contexto histórico-literario, seguidas del análisis narratológico de “Bosquejo”. Se

¹³Doctor en Literatura Hispánica. Profesor-Investigador Universidad Pedagógica Nacional, México, Unidad 22-A Querétaro. Correo electrónico: e.zapien@upnqueretaro.edu.mx / erickzapien1980@gmail.com

concluye que el cuento plantea una visión crítica sobre las formas de organización del movimiento estudiantil durante su transición hacia la militancia armada.

Palabras clave:

Élmer Mendoza, Guerrilla en México, Literatura sinaloense, Movimientos estudiantiles.

Abstract

During the 1970s, the Universidad Autónoma de Sinaloa faced a profound crisis following the appointment from outside the institution. This event led students and faculty to protest such designation. From these student groups emerged a faction known as the *Enfermos*, which subsequently joined the Liga Comunista 23 de Septiembre, an organization that unified various student movements across Mexico to engage in an armed struggle against the State. Within this context, Sinaloan author Élmer Mendoza published *Mucho que reconocer* (1978), a collection that includes "Bosquejo" a story that depicts the activist recruitment for military training. The objective of this article is to demonstrate, through narratological analysis, that the work offers a critical and hesitant stance regarding the organization of the armed movement. The methodology employs the framework on narrative levels of Luz Aurora Pimentel (1998), as well as the theory of the short story of Marta Elena Mungía. The study is structured into a theoretical framework and a review of the historical-literary context, followed by a narratological analysis of "Bosquejo". It concludes that the narrative offers a critical view on the organizational structure of this student movement throughout its transition toward armed militancy.

Key words:

Élmer Mendoza, Mexican, guerrilla Sinaloan literatura, Student movements

Introducción

Durante la década de 1970, la Universidad Autónoma de Sinaloa (UAS) entró en un conflicto interno debido a la designación de un rector ajeno a la institución. Lo anterior tuvo como consecuencia que la comunidad universitaria se manifestara. De estas movilizaciones surgió un grupo que se autonombró los *Enfermos*, los mismos que se inclinaron por la radicalización de sus acciones y, a la postre, se integraron a la Liga Comunista 23 de septiembre (LC23S), organización que articuló a distintas organizaciones a lo largo del país con la idea de levantarse en armas en contra del Estado

mexicano. En ese contexto, el autor sinaloense Élmer Mendoza (1949-), publicó su primer libro de cuentos titulado *Mucho que reconocer*, en cuyas páginas se encuentra el cuento titulado “Bosquejo” el mismo que da cuenta del proceso de captación y reclutamiento de jóvenes estudiantes con el fin de recibir adiestramiento militar.

Élmer Mendoza escribió *Mucho que reconocer* a mediados de la década de 1970 y, al buscar una casa editorial, recibió la noticia de que tendría que esperar más de dos años para publicar el libro en la editorial Joaquín Mortíz (Mendoza, 2012, p. 44), por lo que el autor sinaloense decidió pagar la cantidad de 17,129 pesos mexicanos de aquel entonces por un tiraje de mil ejemplares en la editorial Bartolomeu Costa-Amic. De esta manera, el libro se publicó en 1978 (Pereiro, 2012). La obra consta de veinticinco cuentos, de los cuales once se suscriben bajo la temática del movimiento estudiantil, la disidencia y la lucha armada, de entre los que se encuentra “Bosquejo”, cuento que ocupa este trabajo. Apenas dos de estos cuentos involucran el tráfico de drogas y el resto toca situaciones de la vida cotidiana. Sobre el asunto del tráfico de drogas, el autor poco a poco lo trataría en sus obras literarias y a la postre lograría el reconocimiento internacional a inicios del siglo en curso gracias a la serie de novelas *noir* protagonizadas por el policía ministerial Edgar el ‘Zurdo’ Mendieta: *Balas de Plata* (2008), *La prueba del ácido* (2010), *Nombre de perro* (2012), *Besar al detective* (2015), *Asesinato en el parque Sinaloa* (2017) y, finalmente, *Ello entró por la ventana del baño* (2021).

La hipótesis de trabajo sostiene que “Bosquejo” no funciona como un panfleto de propaganda, sino como una ficción crítica donde la voz narrativa, aunque ideológicamente afín al cambio social, manifiesta incertidumbre y cuestiona la viabilidad del movimiento debido a la precariedad logística. El objetivo de este artículo es demostrar, mediante un análisis narratológico, que la obra ofrece una postura crítica y titubeante sobre la organización del movimiento armado. Para comprobarlo, el artículo se organiza en tres secciones: la primera, una sección en la que se reflexiona sobre los vínculos discursivos histórico-literarios partiendo de las reflexiones que se presentan en el prólogo *Mucho que reconocer*, así como las propuestas teóricas de Alfonso Reyes (1989, 1997) y Roberto Fernández Retamar (1995) sobre dicha interrelación; la segunda, en la que se ofrece una revisión del contexto histórico específico a partir del trabajo del historiador Sergio Arturo Sánchez Parra (2012) y, finalmente, la última sección en la que se analiza el cuento las categorías de espacio, tiempo y voz de Luz Aurora Pimentel (1998) por medio de los niveles de análisis de voz narrativa, focalización y el discurso directo e indirecto, así como la propuesta teórica

de Marta Elena Mungía (2002) sobre la tensión entre el mundo valorativo -ideología- y el mundo representado -realidad logística.

1. El diálogo entre ficción y realidad

En el prólogo de *Mucho que reconocer*, Vicente A. Torres prestó atención al asunto de mostrar la realidad, pero también de transformarla en arte. Si Torres menciona que en algunos cuentos de este libro la realidad toma un carácter dualista, objetivo y subjetivo, es, por un lado, por la intención de mostrar el contexto específico al que Mendoza pone en la mira, pero no como un cuadro de costumbres, crónica o texto periodístico, sino que, por otro lado, es por abreviar de su experiencia para moldearla a su gusto con el lenguaje, materia prima de la literatura, y así lograr la obra artística que no es sino una visión propia de los hechos referidos en cada una de las narraciones (Torres, 1978, p. II-VII). De ahí que el prologuista se sirva de Georg Lukács para decir que Mendoza va llenando una perspectiva como la que Scholajov o Tolstoi logran en *El Don Apacible* y *La Guerra y la Paz* (p. IV), respectivamente; es decir, “la tendencia que hay en una realidad dada para que se realice esa otra realidad, mediante acciones y pensamiento de determinados hombres que expresan una determinada tendencia social” (1977, p. 242). Esta postura crítica sobre los cuentos de Mendoza asoma lo que Luckács considera como el realismo socialista, en el que el término socialismo es tan solo un término general, una abstracción y un ideal, tanto en lo colectivo como en lo individual. Lukács confronta el optimismo profundo del realismo socialista, en el que se cree que se pueden resolver los grandes conflictos sociales, pero no se rechazan las tragedias individuales, contra el gran error de la literatura de su tiempo, que es el *happy end*, es decir, aquel final optimista en el que toda fuerza de convicción y evidencia social se encuentra ausente (1977, pp. 243-246).

A lo largo del prólogo Torres mantiene su postura en torno a la literatura y a *Mucho que reconocer* como medio de protesta, pero se alude al tratamiento artístico no “como alaridos asimétricos e intemperantes que la vuelvan panfletaria” (Torres, 1978, p. V), por ello se resalta la técnica de Mendoza en sus cuentos y la califica de original, sin preocupación lingüística por sus desaciertos fonológicos o semánticos al procurar dejar constancias del habla cotidiana de sus personajes y recalca un elemento importante del género “No nos ofrece elementos gratuitos, meramente decorativos en el tratamiento de la trama” (p. VII), alejándose de la crónica periodística para alcanzar lo que Lukács define como realismo social, donde la tragedia individual se entrelaza con la tendencia social o histórica.

Por ahora no se tiene noticia o evidencia de que Élmer Mendoza haya formado parte de alguno de estos movimientos, pero sí de atestiguar los hechos. Como se menciona en el prólogo de la obra, las narraciones en las que se hace referencia a dicho movimiento en *Mucho que reconocer* ofrecen una fuerte carga referencial y de realismo; sin embargo, no se pueden ver como un espejo de la realidad, sino como una interpretación estética de quien, de alguna manera, fue testigo de los hechos. Por tanto, para analizar “Bosquejo”, es necesario establecer un diálogo entre la crítica literaria y la historiografía, pues el sentido del texto emerge de su contexto.

A decir de Alfonso Reyes (1989), emplear los recursos contextuales mencionados en el párrafo anterior ayuda a valorar con justicia la obra literaria (p. 155). Para Reyes (1997), el rango de la crítica literaria va desde la mera impresión que se tiene de un texto literario hasta el juicio elevado de las obras; sin embargo, enuncia una zona intermedia entre estos dos polos “que admite la aplicación de métodos específicos y que se reduce a la labor exegética” (p. 237). Uno de esos métodos es el histórico, que ofrece apoyo a la crítica literaria tanto de la forma de la obra como del fondo, pero también dentro de la vida social en la que están inscritos el o la escritora y la obra literaria (p. 247).

Sin hacer un deslinde de la sensibilidad del crítico literario y de las filtraciones de la subjetividad en la crítica literaria y el uso de lo que llama ‘método histórico’, Reyes (1997) reflexiona sobre la polémica de involucrar otras disciplinas como la Historia:

La crítica literaria debe mantenerse en guardia, por muy histórica que sea, contra la tentación puramente histórica. Es lícito en un historiador usar de la obra literaria como un documento más para establecer, por ejemplo, la veracidad de un hecho político (salvo las reservas que se aplican siempre al testimonio); pero el crítico puramente literario que se entretiene en esto se sale de su jurisdicción. Así el espectador que olvida la escena para ver al público. Confesemos que la tentación es grande si la escena llega a ser insulsa. Además de que nada se opone a que el crítico literario deje de paso algunas monedas en la escalera de la historia. (pp. 241-242)

De esta manera, se advierte sobre las fronteras de la crítica literaria en su labor, no así de lo que sus hallazgos puedan abonar a la historiografía y, por ende, de lo que el discurso literario pueda sumar al discurso histórico.

En esta misma línea, Roberto Fernández Retamar (1995) reflexiona que es necesario guardar el equilibrio entre los distintos enfoques para el estudio de la literatura, en particular, para el estudio de la literatura hispanoamericana, debido a que la especificidad de esta última mantiene una íntima relación con la historia de la región, así que no es posible mantener una postura ‘ahistoricista’:

Sin lo mejor de estos métodos, la crítica es sencillamente irrealizable: uno, nos llevará a articular nuestras obras, para hacerlas plenamente comprensibles, con la historia real de nuestros países: historia que en considerable medida está aún por escribirse con criterio científico, lo que constituye una pesada dificultad para nuestro trabajo; otro, a captar las verdaderas características formales de nuestras obras, y la función conceptual de esas características. (pp. 131-132)

En este fragmento, Fernández Retamar señala algo importante entre las relaciones de los discursos históricos y literarios: la literatura es una expresión de su tiempo que es difícil de estudiar ante la ausencia de historiografía. La historiografía contemporánea recién ha profundizado en los movimientos estudiantiles y el movimiento armado en Sinaloa, por lo que es oportuno el diálogo entre el discurso factual y el ficcional con el fin de nutrirse ambas disciplinas, tal como sucede con *Mucho que reconocer* y, particularmente, con el cuento en cuestión: “Bosquejo”.

Fernández Retamar advierte lo mismo que Reyes en tanto que “no debemos ser sociólogos o historiadores para llegar a un juicio sobre un drama (aunque a veces no vendría mal andar cerca de ello), pero sí que, sin conocer las circunstancias dentro de las cuales ha surgido una obra, esta es sencillamente ininteligible” (1995, p. 322). Así, al preguntarse Fernández Retamar cuándo es tiempo y cómo abordar directamente la obra literaria, responde que puede hacerse una vez que se sitúa correctamente y que debe hacerse percibiendo los rasgos contextuales con el fin de entender lo esencial de la obra (p. 325). Dado que este artículo propone un diálogo donde el discurso factual y ficcional se nutren mutuamente para el análisis narratológico, resulta pertinente realizar a continuación una síntesis historiográfica sobre el movimiento estudiantil en Sinaloa durante la década de 1970. Ello permitirá comprender el contexto histórico de la ficción que ocupa este trabajo.

2. El movimiento estudiantil en Sinaloa durante la década de 1970

El escenario de este cuento se ancla en la crisis de la UAS a principios de la década de 1970, caracterizada por el grupo de los *Enfermos* que se desprendió de la Federación de Estudiantes de la Universidad de Sinaloa (FEUS) y que decidió hacer a un lado el discurso y optó por el activismo

clandestino y radical a partir de 1972, contexto fundamental que el autor lleva a la ficción y que ha sido estudiado de manera muy precisa y puntual por el historiador Sergio Arturo Sánchez Parra en *Estudiantes en Armas. Una historia política y cultural del movimiento estudiantil de los Enfermos (1972-1978)* (2012), en donde menciona que a principios de la década de 1970 hubo conflictos internos en la UAS, siendo el más agudo la designación de un rector elegido de manera arbitraria por las autoridades de Sinaloa. Lo anterior dio pie a una gran movilización por parte de estudiantes y maestros, cuyas ideologías de izquierda buscaban generar un cambio en la institución.

Sánchez Parra rescata algunas notas periodísticas en las que las autoridades universitarias y estatales expresaban que los activistas, estudiantes y profesores, eran agentes del comunismo internacional (p. 147). Tanto el gobierno estatal como la rectoría justificaban su actuar represivo contra los jóvenes utilizando los medios de comunicación a su favor. Las autoridades insistían en que intereses extranjeros influían en los universitarios para convertirlos en disidentes y anticipaban el fracaso de estos movimientos:

El rector de la Universidad Autónoma de Sinaloa denunció ayer aquí la evidente conjura contra México desde las universidades o instituciones de enseñanza superior. Sin embargo, el licenciado Gonzalo Armienta Calderón señaló que tal movimiento no tiene ninguna perspectiva de triunfo, porque las minorías que las promueven chocan abiertamente con nuestra tradición histórica y cultural, y con la idiosincrasia misma del pueblo mexicano. Denunció además la «agitación extramuros», incluso insinuó la presencia de ideólogos extranjeros sustentantes de doctrinas extremistas. Contrario a opiniones como las del rector de la UNAM, Pablo González Casanova, no se lesiona en lo más mínimo cuando interviene la autoridad para establecer el orden y para aprender delincuentes (p. 157).

La FEUS se involucró en la conformación de la LC23S, misma que aglutinó a varias agrupaciones estudiantiles del país y, el 15 de marzo de 1973, se concretó en la ciudad de Guadalajara la primera reunión a nivel nacional de esta naciente organización en la que asistieron jóvenes de distintos estados del país como Nuevo León, Jalisco, Sonora, Sinaloa y del entonces Distrito Federal. Con ello, las estrategias políticas de los distintos grupos que se reunieron cambiaron de tratar asuntos estudiantiles a una verdadera declaración de guerra contra el Estado mexicano con el fin de instaurar un Estado proletario. Para lograr estos objetivos se confirmaron brigadas para llevar a cabo el trabajo de propaganda política, acciones militares y de ajusticiamiento, es decir, de

asesinatos de policías y militares; y para organizar los secuestros y asaltos que sirvieron de métodos para obtener recursos económicos y materiales (Gamiño y Toledo, 2011, pp. 26-28).

En septiembre de 1973, la LC23S organizó su segunda reunión nacional en el puerto de Mazatlán, en donde continuaron estructurando la organización y fortaleciendo las estrategias de tipo político-militar (Sánchez, 2012, p. 320). Lo anterior se llevaría a cabo, a grandes rasgos, por medio de una huelga económica que consistía en paralizar de manera parcial o total las empresas e industrias; la huelga política y combate de calle que consistía en la agitación, reuniones y entrega de propaganda. Esto también debía llevarse a cabo en las zonas rurales en donde se tenía que obtener tierras, invadir ejidos y eliminar caciques, así como soldados (Gamiño y Toledo, 2011, pp. 28-29). La LC23S se dividió en distintas regiones y Sinaloa, Sonora, Chihuahua y Durango comprendieron la zona que se denominó el “Cuadrilátero del Oro” y que fue una de las más importantes para reclutar y operar luego de las ciudades del Distrito Federal y Guadalajara.

Las acciones de reclutamiento en Sinaloa, elemento central en el cuento de Mendoza, comenzaron en las aulas, pasillos y espacios de la UAS, así como en las distintas casas de estudiantes; sin embargo, al sentir la vigilancia de las autoridades, los activistas transitaron a la clandestinidad, por lo que se trasladaron a casas de seguridad en las periferias, en el caso de Culiacán a colonias como Margarita y Libertad. En estos lugares se realizaban funciones pedagógicas, políticas, entrenamientos y lecturas; muchas veces los activistas eran trasladados a otros lugares fuera de las ciudades para recibir adiestramiento en armas. Una vez que el grupo cobró fuerza, dejó los asuntos de la universidad y salió a las zonas urbanas populares y zonas rurales cercanas a la ciudad de Culiacán para convencer a los ciudadanos, jornaleros y campesinos de su visión con volantes cuyo contenido alentaba a la organización, levantamiento y lucha contra las clases más favorecidas y del gobierno.

A partir del mes de septiembre de 1973, el movimiento comenzó a tornarse más agresivo y los *Enfermos*, a nombre de la LC23S, realizaron distintas acciones tanto en la ciudad de Culiacán como en la zona agrícola del municipio. En la capital del estado se llevaron a cabo ataques a negocios y oficinas de gobierno. En su incursión en el campo, secuestraron autobuses y realizaron un mitin en el ingenio Rosales, en donde se enfrentaron con agentes de la Policía Judicial del Estado y con la Policía Municipal. La prensa local comenzaba a documentar estos incidentes y nombraba a los activistas como delincuentes (Sánchez, 2012, p. 352).

El día 16 de enero de 1974 se llevó a cabo uno de los actos más agresivos por parte de la LC23S en todo el país. El llamado “Asalto al cielo” fue el mayor intento de sublevación de una guerrilla urbana en México durante esa década y movilizó un gran número de activistas que intentaron tomar la ciudad de Culiacán. Parte de su estrategia fue movilizarse a los campos agrícolas con el fin de distraer a las fuerzas de seguridad. Esta clase de movilización ya se había intentado llevar a cabo en la ciudad de Guasave en 1972 y también en las zonas rurales alrededor de Culiacán, pero no tuvieron la intención de tomar la ciudad como sucedió con la ciudad de Culiacán (Cedillo, 2019, p. 201). El plan se llevó a cabo en una casa de seguridad en la colonia Libertad de dicha ciudad y no sólo pretendía educar a las personas sobre la revolución, sino motivar el levantamiento popular, expropiar dinero a los bancos, detener las actividades de producción y organizar a los trabajadores para la lucha. Ese día también se expropiaron automóviles, camiones y se atacaron oficinas de gobierno (Sánchez, 2012, p. 367).

Con el operativo citado anteriormente se iniciaron las acciones armadas en Sinaloa de la LC23S. Al día siguiente de esos sucesos hubo enfrentamientos en la entonces sindicatura de Navolato y también se dio el caso de secuestro, tortura y asesinato de un policía judicial por parte de miembros de los *enfermos*. A pesar de que ese acto no reflejaba la línea político-militar, ni los códigos morales del movimiento armado, dio pie para que los medios describieran a los disidentes como un grupo de terroristas trastornados. Sin embargo, los jóvenes siguieron las técnicas que la propia Policía Judicial de Sinaloa había empleado antes contra quienes los estudiantes detenidos durante manifestaciones o que formaban parte de las brigadas populares (Cedillo, 2019, pp. 154-155).

Durante los siguientes años, los *Enfermos*, representantes de la LC23S en Sinaloa, continuaron realizando activismo de tipo propagandístico y de agitación, al tiempo que llevaban a cabo acciones armadas; sin embargo, hubo factores que comenzaron a permear en su organización. Cada vez fue más evidente la falta de recursos y estrategias que permitieran consolidar el movimiento. Por su parte, el Estado implementó todo un sistema para combatir la insurgencia por medio de la Dirección Federal de Seguridad y del Ejército Mexicano.

El gobierno federal comenzó a localizar centros de reuniones y casas de seguridad de los activistas. Este periodo cerró con una respuesta sistemática del Estado: la implementación de la Guerra Sucia. A través de la Dirección Federal de Seguridad, se pasó de una política de “distensión” (aprehensión y liberación) a un método sistemático de desaparición forzada de disidentes, como

detalla Camilo Vicente Ovalle en *Tiempo suspendido. Una historia de la desaparición forzada en México, 1940-1980* (2019). Esto es, a grandes rasgos, lo siguiente: en un inicio, las autoridades municipales, estatales y a nivel federal, actuaron de manera desarticulada, pero poco a poco se integraron para, en un inicio, llevar a cabo una política de distensión que pretendía reunir información del movimiento con el objetivo de comprender a qué se enfrentaban; por tanto, los activistas eran aprehendidos e interrogados para luego liberarlos. Después, en el transcurso del año 1975, las autoridades cambiaron su manera de proceder y los miembros de la disidencia no solo eran aprehendidos, sino que se les retenía en la ilegalidad para ser llevados a distintos centros de detenciones de su localidad o en cualquier parte del país sin que sus familiares supieran su destino y, además de la tortura con la finalidad de obtener información, se les retenía de manera prolongada y se dio pie a la estrategia de desaparecerlos definitivamente. Tal situación no fue ajena a Sinaloa (p. 119).

Entre 1974 y 1978, la LC23S sostuvo enfrentamientos con otros grupos estudiantiles que se opusieron a su ideología; realizaron asaltos, secuestros y “ajusticiamientos”, que no era otra cosa más que atacar a policías o militares para hacerse de sus armas y vehículos. A medida que las autoridades fueron debilitando la lucha armada, los estudiantes comenzaron a realizar asaltos bancarios para financiar a la organización. Debido a lo anterior, aunado a la nula participación del sector obrero y campesino, la LC23S y su grupo representativo, los *enfermos*, fueron prácticamente anulados en Sinaloa a inicios de 1978 (Sánchez, 2012, pp. 471-473). Este ambiente de asedio, precariedad de recursos y tránsito a la violencia es el que Mendoza logra llevar a la ficción en “Bosquejo”, permitiendo una lectura crítica sobre el destino de dicha movilización.

3. “Bosquejo”: una perspectiva crítica sobre el del tránsito a la lucha armada del movimiento estudiantil sinaloense de la década de 1970

Como se ha referido antes, “Bosquejo” pertenece al libro *Mucho que reconocer*, y en él muestra la manera en la que los estudiantes se integran al movimiento en el periodo de tránsito de la agitación ideológica a la lucha armada y la resistencia de los sectores que, en teoría, debían sustentar la revolución. La anécdota es la siguiente: tres jóvenes estudiantes, Ricardo, Abel y Fausto, se reúnen en un parque para asistir a una junta con miembros de las Fuerzas Revolucionarias del Pueblo. Ricardo acepta continuar asistiendo a las reuniones más por amistad con Abel y Fausto que por sus convicciones ideológicas y, luego de varias juntas en un departamento, ellos y otros miembros son elegidos para ser adiestrados de manera militar, por lo que se les cita otro día para ir a su

entrenamiento. Los tres jóvenes reflexionan sobre ello y deciden acudir al llamado. El día de la cita, Abel, Fausto y otros elegidos esperaban en el departamento a que llegara Ricardo cuando escucharon un rechinado de llantas en la calle y descubrieron que se trataba de Ricardo, quien había sido atropellado.

El narrador de "Bosquejo" es omnisciente, pero al inicio de la narración, al describir los instantes en los que Ricardo espera a sus amigos sentado en la fuente de un parque, da la impresión de tener ciertas limitantes cognitivas: "Su cigarro [...] no era el primero, quizás el quinto; no era mucho tiempo el que tenía esperando, pero evidentemente, no le agradaba. Tal vez llegó demasiado temprano, unos veinte minutos" (Mendoza, 1978, p.71). Sin embargo, el narrador es capaz de saber lo que el personaje piensa durante la espera: "'-lo difícil es sostenerse'-, recordó el dicho popular" (p. 71). Lo anterior puede ser un intento por parte del narrador de mostrar una perspectiva neutra de lo narrado, pero al no poder contener su incursión en la mente del personaje y referir sus pensamientos, hace más notable la posición sobre lo que va a contar. Así, el narrador elegirá focalizar únicamente en ciertos personajes, los cuales son Ricardo, Abel, Fausto y Anatemio Castro "el Tarahumara".

La elección de información que el narrador ofrece sobre ciertos personajes resulta cercana a lo que Luz Aurora Pimentel (1998) denomina focalización interna variable, en la que, como se ha dicho, el narrador tiene la posibilidad de desplazarse en un número limitado de las conciencias de sus personajes. El narrador decidirá cerrar la percepción y cognición en uno o varios de estos personajes en los que alterne esta focalización y habrá algunas perspectivas focales con mayor peso que otras (p. 99). En este caso, la que tiene mayor peso es la del personaje de Ricardo, quien a su vez es quien no tiene una razón clara para unirse al movimiento armado y parece que la decisión de integrarse no conlleva una reflexión más amplia de lo que implica ser miembro de la insurgencia. Por eso, el narrador dedica más a este personaje al inicio y se expresa sobre la decisión que tomará más adelante: "Quizá nadie se sostenga lo suficiente como para ver dónde está" (Mendoza, 1978, p. 71). Tal reflexión engloba una crítica sobre el movimiento en tanto a las debilidades organizativas y sobre una perspectiva real de sus integrantes con respecto a lo que implica enfrentar con las armas al Estado. Con lo anterior, comienza a orientarse la perspectiva de la trama en la que no se descalificará a la disidencia, pero sí se cuestionará sobre estos aspectos.

Siguiendo la narración, a pesar de que Ricardo no tiene afinidad política con el movimiento, muestra ser una persona cumplida y comprometida en contraste con Abel y Fausto, quienes llegan tarde a su encuentro debido a que decidieron detenerse a coquetear con unas mujeres:

–¿Qué pasó? –preguntó–. ¿Por qué se tardaron tanto?

–Conocimos unas rucas –contestó Abel sonriendo.

–Bien de aquellas –reafirmó Fausto entusiasmado.

–Cabrones, y ¿por eso me tuvieron tanto tiempo esperando?

–No te agüites Ricardo, la onda es calmada –dijo Abel.

–Órale hay compa, pero agarren la onda, esta chingadera creo yo que no es un juego –espetó, exasperado más por la espera que por el motivo. (Mendoza, 1978, p. 72)

Pese a que en la narración se muestra la voz de los personajes por medio del discurso directo sin ninguna aparente intermediación, no hay que olvidar que es el narrador quien dispone tal discurso y que no solo sirve para caracterizar a los personajes, sino que asoma una postura frente al mundo narrado que ayuda a conformar las perspectivas que integran el relato (Pimentel, 1998, p. 94). Así, en este fragmento, se muestra a Abel y a Fausto despreocupados y sin una formalidad de llegar puntuales a la reunión con los demás activistas.

Más adelante, los jóvenes se dirigen al lugar de la cita y conversan sobre un examen que recién había presentado Ricardo en la universidad, el cual no sabe si lo acreditaría o no:

–No te preocupes ya lo pasarás a título –intervino Abel–, además se ve que no eres materia prima de fácil elaboración.

–Así es, me resisto un poco a prepararme para servir a los intereses capitalistas, a producir bienes que sólo beneficien a unos cuantos.

–¡Ah!

–No te burles buey.

–No es burla me cai, me sorprendiste. (Mendoza, 1978, p. 72)

En este fragmento, Ricardo se caracteriza como alguien que, aunque no tiene afinidad con el movimiento, ha asumido la conciencia de clase que los activistas decían tener y buscaban divulgar.

Su respuesta alude a la tesis de la universidad-fábrica misma que fue un motor importante para el activismo dentro de las universidades y que, en resumen, afirma que cualquier centro universitario le da valor al capital produciendo mercancías para lo que denominan el 'sector I' de la economía por medio de la elaboración de ensayos, libros o documentos que se equiparan a herramientas, máquinas o bienes de capital. De igual manera, se producen mercancías para un denominado 'sector II', que es el de consumo directo y que se traduce en el conocimiento transmitido de maestros a alumnos que lo consumen para lograr insertarse en el mercado laboral con el fin de generar plusvalía. En otras palabras, los estudiantes eran materia prima que se transformaba en mercancía lista para emplearse con fines capitalistas. El pensamiento crítico no formaba parte de estas universidades-fábricas y lo único que interesaba era el desarrollo tecnológico. Las universidades eran entendidas como un espejo de las clases sociales en el que las autoridades universitarias eran la clase dominante y los estudiantes eran los obreros (Sánchez, 2012, pp. 324-331). De nuevo, la respuesta de Abel es de cierta incredulidad y de burla, como si no fuera posible que alguien que no tuviera nada que ver con el movimiento pudiera entender tal postulado.

La reunión se llevaba a cabo en un departamento en donde se encontraban doce hombres y tres mujeres, situación que hace notar la mínima participación femenina en el movimiento. Quien habitaba el lugar era un joven del que solo se conoce su apodo: "el Caballo". Al recibir a los jóvenes, se muestra una cierta familiaridad entre este personaje y Ricardo. El resto de los personajes se encontraba fumando y bebiendo cerveza y una vez que los tres jóvenes se integraron, la reunión comenzó, lo cual reafirma la idea de informalidad de Abel y Fausto por ser puntuales. El narrador enuncia que once de los participantes de esa junta eran estudiantes y cuatro eran obreros; también dice el motivo de dicha reunión, además de otros detalles que delatan que sabe más de lo que aparenta cuando intenta mostrarse neutro con sus imprecisiones a lo largo de la narración: "Sus pretensiones eran convertirse en una célula de las más avanzadas del grupo Fuerzas Revolucionarias del Pueblo. Estas reuniones se hacen con regularidad; a la fecha han pasado 10 meses desde la primera" (Mendoza, 1978, p. 74). La información tan detallada por parte del narrador no deja dudas de que la perspectiva desde la que narra es la del activismo, y esta idea se refuerza con la información que brinda en voz de los personajes, tanto de los que focaliza como de los que no focaliza.

Ricardo decidió integrarse al grupo tras tomar unas cervezas con sus amigos al terminar la reunión. El narrador cita las palabras de Fausto sobre la formación de un grupo que, además de

divulgar su ideología, sea capaz de tomar las armas para defender esas ideas. Como se ha mencionado antes, el activismo estudiantil comenzó a organizarse de manera nacional durante 1973 bajo la urgencia de homologar el discurso y las acciones de los distintos movimientos en el país con el fin de reunir recursos y prepararse para el levantamiento armado (Gamiño y Toledo, 2011, pp. 26-28).

El narrador brinda un panorama sobre los obreros en el que dice que intentan concientizar a sus compañeros a espaldas de los sindicatos, pero al narrar la segunda reunión decide dar un nombre propio a uno de ellos y citar por medio del discurso directo la verdadera situación a la que se enfrentaban:

Ahora habló uno de los obreros llamado Miguel Rosas.

—En donde yo trabajo nadie quiere saber nada de lucha ni de clases, todos dicen que están a gusto así que no tienen por qué pensar que el dueño es malo, sino por el contrario que es bueno porque no da el trabajo. Me aseguraron que mientras en sus casas tengan comida y les sobre una “feriecita” para el trago no tienen por qué pensar que están mal, “esas son cosas de comunismo”, dijeron, eso es todo.

Los otros obreros dijeron que ellos no habían obtenido ningún resultado, quizá para la próxima. (Mendoza, 1978, p. 76)

En este fragmento, el lector se enfrenta a una serie de puntos de vista que parecieran estar encadenados, como si se tratara de muñecas rusas que el narrador coloca una dentro de otra y que no rompen con lo que este piensa, sino que ayudan a fortalecer la perspectiva de la trama que, para este fragmento de la narración, ya se percibe como una visión crítica y reflexiva sobre el movimiento y sobre las dificultades a las que se enfrentan los activistas obreros para incorporar a más miembros. Para hablar sobre otro sector involucrado en el activismo político que en teoría debía de ser uno de los pilares del movimiento revolucionario que se intentaba articular, el narrador es quien introduce primero esta vertiente, señalando que los sindicatos eran los primeros obstáculos para la conformación de grupos obreros; sin embargo, para realizar la crítica más severa sobre los obreros, decide, como se muestra en el fragmento citado, delegar el discurso en la voz de ellos, de tal manera que da la apariencia de distanciarse de lo dicho.

La estrategia narrativa empleada en el último fragmento citado resulta sutil para que el narrador haga valer su postura sobre lo narrado, pues no existe una confrontación de perspectivas

y el personaje no emite una opinión o punto de vista sobre el movimiento, sino que se limita a reportar, por así decirlo, lo que sucede en su trabajo con sus compañeros. De esta manera, Miguel Rosas se convierte en un narrador delegado, quien, por medio del discurso indirecto, cuenta al resto de los personajes que participan en la reunión sobre lo que dicen y opinan los obreros en cuanto a combatir la desigualdad social y sobre luchar por una sociedad más justa. Pimentel (1998) identifica esta estrategia narrativa para fortalecer la perspectiva de la trama que, en este caso, se inclina hacia la crítica de la transición apresurada a la toma de armas por parte de estos activistas.

Ahora bien, en palabras de Miguel Rosas, todos sus compañeros están conformes con su situación social; la confrontación más tensa de perspectivas y visiones del mundo narrado se da cuando este personaje cita textualmente lo que sus colegas dicen sobre la disidencia: “Esas son cosas del comunismo” (Mendoza, 1978, p. 76). Con lo anterior se enuncia la falta de interés de quienes se suponía debían ser los grupos más interesados en cambiar la situación social del país, lo cual se convertiría en la más grande barrera a la que se enfrentan estos activistas a punto de convertirse en guerrilleros debido a la manipulación del Estado y de los medios de comunicación sobre el tema. Finalmente, el narrador resume lo que el resto de los obreros en la junta dicen sobre sus actividades de propaganda en las que no se logró sumar a nadie al movimiento, lo cual expone el fracaso del proselitismo en las fábricas.

El líder de este grupo, Antemio Castro “el Tarahumara”, es quien organiza e induce a sus miembros a la lucha armada; sus objetivos principales de reclutamiento son los obreros y los campesinos (Mendoza, 1978, p.74). De origen chihuahuense, “el Tarahumara” funciona como una referencia intertextual a la LC23S; su origen chihuahuense y la descripción física, “es alto y denota fortaleza en su cuerpo, usa pelo largo y pequeña barba negra” (Mendoza, 1978, p. 77), remiten al imaginario de la guerrilla rural de Madera, cuyo nombre fue tomado por sus organizadores en honor al intento de insurgencia que ocurrió en la ciudad Madera, municipio del mismo nombre en el estado de Chihuahua. El Grupo Popular Guerrillero, dirigido por el profesor rural Arturo Gámiz, tuvo su acción culmen cuando, luego de un año de acciones armadas, atacó el cuartel del Ejército de dicha ciudad con el fin de reunir armamento y así poder rebelarse de manera más organizada contra el caciquismo y la desigualdad que imperaba en la región (Reyes, 2009, pp. 131-179). Su irrupción marca el cambio de nivel en el relato: del debate político al adiestramiento militar.

Al final de la reunión, “el Tarahumara” les indicó a Fausto, Ricardo, Abel, Miguel, “el Caballo” y a Leticia, quedarse un poco más. El narrador hace una pausa para ofrecer una breve descripción

de la personalidad de los tres primeros, con lo cual identifica bien los rasgos de estos tres jóvenes. Sobre Fausto dice: “El más dicharachero de todos, él que nada tomaba en serio, sintió nerviosismo al ser señalado por “el Tarahumara” (Mendoza, 1978, p. 76). Esta descripción refuerza el sentido inicial sobre el compromiso y la disciplina. La descripción de Abel es que “el más apasionado” (p. 77), lo cual se opone a la personalidad de Fausto. De Ricardo, personaje sobre el cual recae la mayor focalización, la descripción se pliega más sobre su reacción al llamado para el adiestramiento que sobre su personalidad. El narrador lo describe sorprendido y sin saber qué hacer o cómo actuar: “No lo esperaba y pensó protestar, pero permaneció sin moverse [...] extrañado, él muy pocas veces había expuesto ideas o refutado las de sus compañeros, muy pocas veces” (p. 77). A este personaje ya se le había caracterizado con formalidad al presentarse puntual en las citas, pero en este fragmento se comienza a elevar la tensión entre pertenecer o no a este movimiento social una vez que Antemio “el Tarahumara” Castro les revela por qué les pidió quedarse: “No les voy a andar con rodeos, ustedes van a ser entrenados para acciones militares” (p. 77).

Cuando “el Tarahumara” anuncia que los elegidos recibirán entrenamiento armado, el narrador despliega una focalización interna variable para constatar las reacciones de los jóvenes. En cuanto a Leticia, menciona lo siguiente: “Tenía la boca abierta, pálida e inmóvil, sentada junto a “el Caballo” (Mendoza, 1978, p. 77). Del “Caballo”: “Tenía la cabeza baja, [y] miraba el piso sin verlo”. Y de Miguel señala lo siguiente: “se puso de pie y se quedó mirando el azul de la pared” (p. 77). En este fragmento, el narrador añade al personaje de “el Caballo” en su nómina de personajes focalizados, ya que se puede interpretar que conoce sus pensamientos, pero limita esta información a su receptor. Como se observa, el narrador se limita a describir sus reacciones físicas, lo que Pimentel define como una focalización externa que acentúa el impacto emocional del asunto. En cuanto a los otros tres jóvenes, el narrador no se limita en su focalización y, de Abel, señala su sorpresa al mencionar un gesto facial de la importancia que este suceso tiene, no del ser elegido en sí, sino del hecho de que el activismo político ha escalado hacia la toma de armas: “Abrió un poco los ojos, mas inmediatamente se convenció de la importancia de aquello, pensó: “No puedo rajarme”, “la historia no me lo perdonaría” (p. 77). Con este fragmento el narrador delata su punto de vista sobre el asunto narrado. Este rasgo se suma al cuidado de pronunciarse a favor del movimiento, ya que no lo desacredita, ni tampoco lo elogia. Es por medio del discurso indirecto que decide enunciar lo que piensa el personaje sobre “la importancia de aquello”, pero luego intenta deslindarse al citar, por medio del discurso directo, lo que el personaje piensa para mostrar la justificación ideológica de Abel.

En el personaje de Abel recae la conciencia sobre la repercusión histórica del levantamiento en armas; él y “el Tarahumara” representan a aquellos jóvenes comprometidos incondicionalmente con tal movimiento estudiantil y que están decididos a llevar sus ideas hasta las últimas consecuencias. El joven toma la decisión y luego la reflexiona para argumentarla y reafirmar que simplemente es lo que hay que hacer; su entusiasmo le impide reflexionar sobre lo que implica una sublevación. En ese fragmento, el narrador no focaliza en Fausto, pero ya se ha mencionado antes que este estudiante parece ser incumplido y poco disciplinado, pues llega tarde a las juntas, pero al igual que Abel, está comprometido con el activismo, ya que también forma parte de los comités estudiantiles. Con lo anterior, el narrador revela la distancia entre las personalidades de Abel y Fausto, el apasionado y el dicharachero, respectivamente, así como la gravedad de la situación.

El narrador continúa con la reacción de Ricardo, quien se muestra asombrado por ser uno de los reclutados para tales fines. Es aquí donde se esperaría que focalizara en dicho personaje, ya que es el único que se muestra titubeante entre pertenecer o no a este movimiento a pesar de mostrar una comprensión de su ideología. La tensión central del cuento se manifiesta en lo que Martha Elena Munguía (2002) define como la confrontación entre el mundo valorativo representado y el mundo representado (p. 85). Ricardo encarna la duda existencial del estudiante técnico, analítico y sensibilizado, que comprende la necesidad de un cambio social, pero teme las implicaciones de la violencia, por lo que el punto más álgido de la narración es a partir del momento en que este personaje se enfrenta a la toma de una decisión en la que verá comprometido o no su futuro. Ante esto, la elección narrativa es no focalizar en el joven, por lo que se desconoce lo que piensa en ese instante; en cambio, el narrador emite un juicio sobre él: “¿El (¿sic?) de guerrillero?, bah, su aún no estaba muy seguro de querer pertenecer al grupo” (Mendoza, 1978, p. 77). Así, siendo Ricardo el foco principal, su reacción es de parálisis y extrañamiento. El narrador enfatiza que Ricardo no es un ideólogo, sino alguien que ha llegado ahí por inercia o compromiso social, elevando la tensión entre la voluntad individual y el imperativo del grupo. Esto confronta de manera explícita los puntos de vista, los horizontes valorativos entre el creador y el héroe,¹⁴ cuya conciencia se enfrentará a la fuerza externa, la cual es el llamado a la disidencia, porque no es lo mismo acudir a reuniones esporádicas con miembros de distintos comités de activismo estudiantil u obrero para escuchar sus ideas que tomar adiestramiento militar y levantarse en armas.

¹⁴ Se retoma la noción de héroe de Martha Elena Munguía (2002) como la conciencia en lucha dentro del cuento, cuya pugna con la conciencia creadora genera la tensión que detona el sentido artístico de la obra (p. 115).

Luego de cuestionar la pertinencia de Ricardo como guerrillero, el narrador sugiere que debería seguir con su vida de estudiante: “Lo mejor sería salir de ahí, irse a casa a estudiar; sí, eso haría; dentro de cuatro días tenía examen de Variable Compleja y tenía que prepararse” (Mendoza, 1978, p. 78). En este fragmento, el narrador intenta alejarse de la conciencia figural del personaje y rompe, por así decirlo, con la focalización sobre Ricardo al limitar lo que sabe sobre la decisión del estudiante. Ricardo mantiene una indeterminación que el narrador subraya con el uso del afirmativo y del pospretérito: “sí eso haría”, refiriéndose a estudiar para su examen de variable compleja. Este detalle no es menor, ya que caracteriza a este personaje como parte de la juventud que la industrialización del país demandaba, atrapada entre el deber ser y el llamado a la insurgencia. Su pensamiento es analítico, por eso va a las reuniones a escuchar y no participa ni debate las ideas; comprende la necesidad de un cambio social, pero tampoco refuta tales ideas ni realiza propuestas. El estudiante está, al igual que muchos jóvenes del país, siguiendo un proceso de sensibilización justo como lo menciona “el Caballo” en una de las reuniones: “En la escuela la onda está calmada, la actividad política no tiene ningún fin inmediato, pero se está tratando de mantener la línea en el sentido de la concientización de las masas” (p. 75). Por lo que no es fácil de asimilar el giro tan repentino.

Al finalizar, Antemio “el Tarahumara” Castro los cita en el departamento cierto día y hora para llevarlos al adiestramiento; en este momento da la opción de elegir y, por supuesto, pide secrecía sobre el asunto (Mendoza, 1978, p. 75). Una vez solos, los tres amigos acuerdan que decidirán cada uno por su cuenta y sin discusiones. El narrador comienza una breve disertación sobre el asunto y con ello termina de mostrar su perspectiva y su punto de vista sobre el movimiento y su transición hacia la insurgencia:

Las 7 de la mañana del domingo se presentaba como un gran muro cubierto de jeroglíficos indescifrables; y que, muy a su pesar tenían, que descifrar. Era tan fácil, no se va y ya, pero... La cosa de hacer algo en favor del cambio, en favor de aquel objetivo disimulado con papel celofán en todos los días de fiesta. Valía la pena participar indudablemente, pero existían innumerables razones y temores que cerraban las válvulas del entendimiento. (1978, p. 78)

Si bien era incomprensible la transición del discurso a las armas y no había suficiente tiempo para la reflexión, el narrador está de acuerdo en que la solución ante la indeterminación es no acudir; sin embargo, con el uso de un adversativo, opone lo anterior contra lo que se podría obtener en caso de elegir la disidencia. Ambas posiciones parecerían tener el mismo peso para el narrador, pero al

interrumpir su discurso y exponer la razón por la cual se debe acudir a la cita, se asoma en definitiva el punto de vista de quien construye ese relato.

Ahora bien, esta valoración del mundo por parte del narrador genera una mayor confianza sobre la información que brinda sobre este grupo de activistas, ya que ello denota su concordancia ideológica con el movimiento estudiantil. Este rasgo explica el motivo de su elección focal sobre el líder y algunos estudiantes de la célula y por qué no focaliza en los obreros. Además, hay que recordar que tal como se ha mostrado en el capítulo anterior, los estudiantes no lograron cohesionarse con los movimientos campesinos y obreros de los que creían que se convertían en sus aliados más fuertes, ya que los consideraban los sectores más oprimidos. Lo que es más, en la otra guerra, la mediática, los obreros sucumbieron al discurso de la prensa y de las autoridades al grado de confrontarse. El narrador de este cuento no conoce a fondo lo que sucede en este y otros sectores de la población, por lo que solo cita lo que dicen en las reuniones. Siguiendo con el fragmento citado anteriormente, el narrador emite un juicio sobre ser parte de esta clase de activismo; para él “valía la pena participar indudablemente” y empatiza con los personajes y aquello que alimenta su indecisión: “innumerables razones y temores”.

El día de la cita “el Tarahumara” llegó antes de la hora pactada, lo cual caracteriza al personaje como un buen líder. Abel, Leticia y Miguel se incorporan poco después y, para no romper con la caracterización de Fausto, el narrador menciona que llegó veinte minutos tarde. Con respecto a Ricardo, héroe de esta narración, la máxima tensión se muestra porque no había llegado a la cita, lo cual haría suponer que su decisión era la de no ir y continuar con su vida de estudiante; sin embargo, el personaje sucumbe ante la opción de convertirse en guerrillero. La fuerza ajena a su horizonte valorativo se impuso sobre él para acudir a la cita y, hasta este momento de la historia en este cuento, el narrador y el héroe se encuentran a favor del movimiento armado más allá de las dudas e indeterminaciones que no se mencionan de manera explícita, pero que se sabe que existen. Hablando de perspectivas, ambas se conjugan; sin embargo, aún está en juego la perspectiva de la trama y termina de develarse en el mismo instante en el que se sabe que Ricardo sí acude a la cita:

De pronto se escuchó una violenta frenada en la calle, luego se escuchó algarabía de vecinos y pasos apresurados.

De los 6 nadie se movió (sic) aunque ansiaban ver que había pasado. Leticia se dirigió por fin a la ventana y se volvió diciendo.

–Ricardo ha sido atropellado. (Mendoza, 1978, p. 79)

En este punto, la sorpresa sobre la muerte del héroe orienta finamente la perspectiva de la trama sobre la duda sembrada por esas “razones” y esos “temores” incomprensibles para el narrador, pero que se dejan ver a lo largo del relato. La decisión de iniciar una revolución sin contar con el número de miembros necesarios, con pocos recursos y una logística organizada apresuradamente, era suficiente para conocer el destino de la disidencia.

Esta progresión narrativa demuestra que Mendoza no busca construir un panfleto heroico, sino más bien documentar las dudas, la falta de preparación y el peso psicológico que implicó la radicalización para una generación de estudiantes sinaloenses. La puntualidad de “el Tarahumara” y la tardanza crónica de Fausto mantienen la coherencia de los personajes hasta el último momento. La tensión alcanza su punto máximo ante la ausencia de Ricardo; su decisión de acudir, que representaría el triunfo de la voluntad militante sobre sus dudas personales, es truncada por un evento externo y azaroso: un atropellamiento. La “violenta frenada” y el anuncio de Leticia, “Ricardo ha sido atropellado” funcionan como una metáfora del destino y el movimiento. El accidente anula la posibilidad de que el héroe se convierta en guerrillero, sugiriendo que, más allá de la convicción ideológica, el movimiento estaba asignado por la fatalidad y la interrupción.

Conclusiones

El análisis de “Bosquejo” permite concluir que la muerte de Ricardo, aunque circunstancial, funciona como el cierre necesario de una trayectoria de duda e indeterminación. Su llegada tardía al punto de encuentro, comportamiento atípico en un personaje previamente caracterizado por su formalidad, sugiere una decisión tomada bajo presión y sin el convencimiento ideológico absoluto que poseían figuras como “el Tarahumara”. Así, a través de focalización interna variable propuesta por Pimentel, se demuestra que, mientras el narrador intenta ser neutral sobre el asunto, poco a poco delata una simpatía por el movimiento y la perspectiva de la trama termina por revelar la precariedad de la insurgencia. Dicha estrategia narrativa constituye este cuento no como una apología heroica y panfletaria que intenta doctrinar al lector; por el contrario, expone la fragilidad de una organización que transita a las armas con recursos limitados y una base social apática, como es el caso de la clase obrera. Todo ello logra que la perspectiva de la trama se incline a mostrar las consecuencias que traería el iniciar con premura un movimiento armado sin hacer un análisis razonable sobre el estado en el que se encontraba y sobre la viabilidad de levantarse en armas.

Finalmente, cabe añadir que, al contrastar el análisis y conclusión resultado de esta propuesta con las categorías de Patricia Cabrera y Alba Estrada (2012), pioneras en la sistematización de la narrativa de la guerrilla en México, de manera particular de la novela, se puede observar que “Bosquejo” se aleja de las narraciones enmarcadas dentro del concepto “invención idealizante”, en el cual se colocan aquellas ficciones publicadas de 1970 a 1982, y que no tienen un referente histórico preciso, así como en las que se emplea el imaginario social de la guerrilla o del guerrillero para la configuración de sus historias y personajes. Tampoco cumplen con el arquetipo del Che Guevara, del “hombre nuevo”, cuyas características fueron la “aspiración a ser hombres nuevos, rechazo a las vías fáciles y conformistas, ética del sacrificio directo e indirecto, prioridad a los imperativos revolucionarios por encima de los individuales, entrega a la consolidación y desarrollo del foco revolucionario, influencia con el ejemplo de nuevos cuadros” (p. 130).

En su lugar, “Bosquejo” se inscribe en los debates intraizquierdistas sobre la viabilidad de la lucha armada, tamiz sobre estas conceptualizaciones ofrecido por Cabrera y Estrada en “Los debates intraizquierdistas sobre la lucha armada en la novelística de la guerrilla en México” (2017), en el que se indaga sobre las tensiones internas de estos grupos y sus manifestaciones literarias. Según las autoras, estas disputas ocurren “entre corrientes de la izquierda que difieren en posicionamientos políticos y estratégicos; reformistas vs. revolucionarios; gradualistas vs. partidarios de la toma del poder por la vía armada; constructores del partido del proletariado vs. vanguardia revolucionaria (foquismo)” (2017). Bajo esta premisa, Mendoza utiliza la ficción para cuestionar la transición del activismo universitario al militarismo, ofreciendo una visión crítica que invita al lector a reflexionar sobre las consecuencias de la radicalización apresurada en Sinaloa.

Bibliografía

Cabrera, P., y Estrada, A. (2012). *Con las armas de la ficción: El imaginario novelesco de la guerrilla en México* (Vol. I). UNAM-Centro de Investigación Interdisciplinaria en Ciencias y Humanidades.

Cabrera, P. y Estrada, A. (2017). “Los debates intraizquierdistas sobre la lucha armada en la novelística de la guerrilla en México”, Massón, Caridad (Dir.), *Las Izquierdas Latinoamericanas. Multiplicidad y Experiencias durante el siglo XX*. Ariadna Ediciones. <http://books.openedition.org/ariadnaediciones/854>

- Cedillo, A. (2019). *Intersections Between the Dirty War and the War on Drugs in Northwestern Mexico (1969-1985)*. [Tesis de doctorado, University of Wisconsin-Madison].
- Fernández Retamar, R. (1995). *Para una teoría de la literatura hispanoamericana*. Publicaciones del Instituto Caro y Cuervo.
- Gamiño, R. y Toledo, M. (2011). Origen de la Liga Comunista 23 de Septiembre. *Espiral, Estudios sobre Estado y Sociedad*, XVIII(52), 9-36.
- Mendoza, É. (1978). Bosquejo. En *Mucho que reconocer* (pp. 71-79). B. Costa-Amic, pp. 71-79.
- Mendoza, É. (2012). *Contar lo de uno: Discurso de ingreso a la Academia Mexicana de la Lengua, 26 de abril de 2012. Respuesta de Felipe Garrido*. UNAM.
- Munguía, Martha E., (2002). *Elementos de poética histórica. El cuento hispanoamericano*. El Colegio de México.
- Pimentel, Luz A. (1998). *El relato en perspectiva. Estudio de teoría narrativa*. Siglo XXI; FFyL, UNAM.
- Reyes, A. (1989). *Marginalia. Primera, segunda y tercera series. Obras completas de Alfonso Reyes XXII*. Fondo de Cultura Económica.
- Reyes, A. (1997). *Tres puntos de la exegética literaria. Obras completas de Alfonso Reyes XIV*. Fondo de Cultura Económica.
- Reyes, J. F. (2009). *Introducción a la historia de la guerrilla en México. 1943-83*. Universidad de California San Diego-Centro de Estudios México-USA.
- Sánchez Parra, S. A. (2012). *Estudiantes en Armas. Una historia política y cultural del movimiento estudiantil de los Enfermos (1972-1978)*. Universidad Autónoma de Sinaloa; Academia de Historia de Sinaloa, A.C.
- Torres, V. A., (1978). Prólogo. En É. Mendoza, *Mucho que reconocer*, (pp. I-VII). B. Costa-Amic.

Fuentes electrónicas:

- Pereiro, Xosé M. (9 de octubre de 2022). Élmer Mendoza. En el ojo del narcohuracán. *Contexto y acción*, (289). <https://ctxt.es/es/20221001/Firmas/41011/Xose-Manuel-Pereiro-Elmer-Mendoza-escritor-literatura-novela-criminal-Mexico-narcoliteratura.htm>